

Imprenta "El Imparcial"

San Diego 67

Santiago

LA ACCION CATOLICA FRENTE
A LOS PROBLEMAS APOSTOLICOS
DE AMERICA LATINA



V SEMANA INTERAMERICANA DE ACCION
CATOLICA

1960

ADVERTENCIA PRELIMINAR

LA ACCION CATOLICA FRENTE A LOS PROBLEMAS APOSTOLICOS DE AMERICA LATINA, *tal es el Tema de la V Semana Interamericana de A. C. a realizarse en Méjico el próximo noviembre.*

Este tema, exige un estudio previo, aunque sumario, de los principales problemas de América Latina y un balance de la actividad de la Acción Católica frente a los mismos.

El estudio que el SIAC' envía a las Juntas Nacionales, no pretende ser ni un juicio definitivo, ni un estudio exhaustivo de los problemas, sino únicamente datos y antecedentes que pueden servir para ordenar el estudio de esos problemas en cada país y la actitud de la Acción Católica frente a ellos.

El fin que con este estudio se pretende, es doble; mostrar la inmensa tarea que se presenta a la Acción Católica y hacer sentir la necesidad urgente de formar los militantes capaces de comprender, enfrentar y transformar cristianamente esos ambientes.

Nos guía en esta tarea, el pensamiento magníficamente expresado por Pío XII "hay que transformar un mundo de selvático en humano y de humano en divino".

Son las dos grandes tareas del laico de Acción Católica; actuar sobre las estructuras temporales en que vive para ordenarlas en un sentido humano y darles al mismo tiempo su proyección y animación cristiana. Tareas de humanización y evangelización.

Por último, el SIAC desea hacer una advertencia a las Juntas Nacionales sobre el estudio que envía, y es la siguiente:

Se ha querido en este estudio colocar ante la Acción Católica las grandes crisis o problemas que en estos momentos la Iglesia, y con ELLA la Acción Católica debe afrontar en América Latina, de donde el estudio puede aparecer a primera vista, con un sello algo pesimista.

Se han considerado los problemas, precisamente para hacer sentir que sólo una actitud de autenticidad cristiana, de ardiente espíritu misionero, de responsabilidad de la misión que la Iglesia ha entregado a cada cristiano en el Bautismo y Confirmación, puede permitir solucionar y superar las crisis que se presentan.

Lo que se quiere destacar precisamente, es la trascendencia, amplitud y misión que a la Acción Católica le cabe frente a la realidad que los problemas aquí presentados señalan.

En este trabajo, no se insiste tanto en las fuerzas positivas que dentro de las sombras del cuadro arrojan fuertes luces, y abren el espíritu a la esperanza, precisamente para que este estudio sea hecho por las Juntas Nacionales de Acción Católica, las que, frente a los problemas señalados, deben de buscar las líneas apostólicas que hagan posible su cristiana solución.

El trabajo presente, repetimos, no pretende dar ni un cuadro completo, ni un juicio definitivo, sino provocar un estudio y una decisión a las responsabilidades apostólicas que pesan sobre el laicado de América Latina y muy en especial sobre la Acción Católica.

El SIAC lamentaría sinceramente que se pretendiera dar a este estudio un alcance mayor que el que ha realmente pretendido.

En América Latina están ocurriendo cambios de alcances incalculables, en el sentido de una ascensión personal y colectiva. "Si los planes y actividades apostólicas se basan en estos dos hechos poderosos del mundo actual, podría la Iglesia estructurar y bautizar la América Latina del mañana, —escribe el Primer Vicepresidente del CELAM. Los planes y actividades, en cambio, hechos sin la comprensión de estos fenómenos, irán contra la corriente y no tendrán resultados. El rumbo que toma la sociología de hoy es el desarrollo de la comunidad".

"La acción apostólica del laicado debe orientarse a formar los hombres técnicos, doctrinalmente capacitados para realizar esta labor".

"El mundo del mañana se hará con nosotros... o sin nosotros. Y al hacerse sin nosotros, se hará contra nosotros"

Este mundo del mañana, para nosotros, los latinoamericanos, es, en lo inmediato, nuestro propio continente; pero por otro lado, el mundo en el cual habrán de vivir nuestros hijos será un mundo, un planeta extraordinariamente empequeñecido, dentro del cual los continentes habrán de estar menos separados de lo que estaban los países para nuestros abuelos. Y en ese mundo, para el destino temporal de la Iglesia, América Latina tendrá, como luego podrá verse, una importancia decisiva.

Para los que creemos que la Providencia rige la historia en colaboración con la libertad de los hombres, no ha de ser una sorpresa que al continente descubierto por la Cristiandad en vísperas de su más doloroso desgarramiento, se le plantee el desafío de la historia justo cuando él está en vías de pasar a ser reserva y germen de una nueva cristiandad.

En la mano de los católicos de América Latina está el levantar catedrales cuya gloria o cuyo reflejo de gloria eclipsen la de las más hermosas del mundo. Pero los que las hi

cieron conocían el suelo que pisaban y excavaban para sus cimientos, y éste era un suelo firme.

¿Acaso es firme el nuestro? ¿Acaso lo conocemos siquiera?

A tratar de conocer, aunque sea en parte los problemas temporales y su repercusión en los espirituales, se dirige este estudio.

Pío XII en uno de los últimos discursos pronunciados antes de su muerte, dirigiéndose a los Rectores de los Seminarios de América Latina, les hacía ver las inmensas esperanzas que la Iglesia cifraba en América Latina, pero, al mismo tiempo, sus temores, si sus problemas no se abordaban con decisión y valentía.

A señalar esos problemas y a urgir nuestra responsabilidad van estas páginas.

La "Explosión Demográfica"

Historiadores y sociólogos están de acuerdo en que el fenómeno que, con toda propiedad, ha sido llamado "explosión demográfica" es el más importante del siglo XX. El ha sido posible, es cierto, gracias a los adelantos de que tanto se ha hablado, pero es bajo la presión de las masas humanas crecientes que están crujiendo ya las estructuras de la vida social mantenidas durante siglos. El solo impacto del avance tecnológico quizá no las hubiera demolido, pero parece ya seguro que ellas habrán de cambiar bajo el peso o, para seguir el símil, arrasadas por las "ondas de choque" de ese fenómeno absolutamente nuevo en la historia, de la "explosión demográfica".

Durante siglos y siglos, muy lentamente, la Tierra se había ido poblando hasta alcanzar, al cabo de milenios, los 900 millones de hombres en que se calcula la población existente en 1800. Así, es muy posible que de la época de César Augusto a la de Napoleón, la humanidad apenas haya triplicado su número. Luego, gracias a todos los progresos del siglo XIX, los hombres llegaron a ser unos 1.600 millones en 1901.

A mediados de este siglo, éramos 2.400 millones --un aumento de 50% en 50 años-- y se calcula que seremos no menos de 6.000 millones el año 2.000, o sea, un crecimiento del 375% en el breve lapso histórico de un siglo. Entre tanto, nuestro mundo comienza a experimentar, en todo orden de cosas, las primeras ondas de choque de la "explosión demográfica".

Ese fenómeno comienza a ser advertido, en sus caracteres más agudos y hasta dramáticos, por los que tienen la responsabilidad del destino de América Latina. Es en nuestro continente, por la intensidad, y en Asia, por la extensión, donde el crecimiento de la población tendrá los efectos más graves.

En Asia, durante los próximos cuarenta años, el número de habitantes aumentará en unos 2.400 millones hasta llegar a 4.000 millones, o sea, los dos tercios de la población mundial de entonces, en vez del 58% que ahora representa. Pero en el continente asiático, los cristianos --in-

cluyendo a los protestantes— no son más de 50 millones y sus posibilidades de acción práctica y su responsabilidad inmediata son mínimas, por grandes que sean las repercusiones que haya de tener el aumento de gravitación del Asia —sobre todo de China—, en los asuntos del mundo.

No ocurre lo mismo en América Latina, que es, como se decía, el continente donde el fenómeno del crecimiento demográfico se presenta con mayor intensidad.

En la época de su independencia, lo que hoy se llama América Latina, tenía alrededor de 17 millones de habitantes. Hacia 1900, su población se podía estimar en 70 millones, o sea, había crecido 2,3 veces más rápido que la del resto del mundo. En 1950, los latinoamericanos éramos casi 170 millones y actualmente estamos llegando —o hemos llegado— a ser 200 millones, para ser 300 millones entre 1970 y 1975 y alcanzar a 600 millones el año 2000, es decir, en sólo cuarenta años más.

La magnitud real de estas cifras sólo se puede apreciar mediante comparaciones. En 1800 toda la América Española y el Brasil tenían una población equivalente a la de Francia, e igual al 1,9% de la de todo el mundo.

En 1900, América Latina representaba ante Roma un número de fieles más o menos igual al de Francia e Italia reunidas y equivalente al 4,37% del total de la población de la tierra.

En 1950, los católicos de América Latina —prácticamente el total de la población— eran tantos como los de toda Europa Occidental que habían compuesto el foco de la vieja y esplendorosa Cristiandad. Los latinoamericanos eran así la tercera parte de la Cristiandad de mediados del siglo XX y representaban el 7% de los habitantes del planeta.

El año 2000, se supone que los previstos 600 millones de latinoamericanos deberían ser católicos, de acuerdo con la tradición y que, por tanto, en número, deberían sobrepasar en más de cien millones a los católicos de toda Europa, incluyendo a los de las naciones dominadas por los comunistas. Por lo menos, desde el punto de vista numérico, el centro de la cristiandad se habría trasladado a América y esto sería mucho más evidente al considerar

que, para entonces, en Estados Unidos y Canadá habría no menos de 70 millones de católicos más.

El "detalle" está en que, de mantenerse las actuales estructuras económicas, desaparecerán en los próximos cuarenta años —y muy posiblemente antes— las circunstancias temporales para una inserción eficaz del catolicismo y para el florecimiento de una vida cristiana sobre la base de las inmensas posibilidades que abre un continente en expansión y en el cual la Iglesia Católica tiene entrañables y hondas raíces.

Por otro lado aún, si se produjeran —lo que es muy probable—, sin desmedro de la libertad civil y del respeto a la persona humana y sin activa participación de los católicos, los cambios estructurales en el terreno económico y social que hoy aparecen como necesarios y justos ante la misma conciencia católica, ésta quedaría durante mucho tiempo sin posibilidades de influir verdaderamente en la vida de todo un continente, del continente llamado a ser la gran reserva de la Cristiandad.

Esa posibilidad, prácticamente, no existe. En el hecho, la América Latina del mañana, si no la hacemos los católicos hoy (no mañana), de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, tanto en el campo de la vida personal como de la acción social, la harán (la están haciendo ya) los comunistas, de acuerdo con su propia concepción de la vida. Y es así cómo, en su grado más alto, el mundo que se haga sin nosotros se hará **contra** nosotros.

Ya hay muy graves males en América Latina que hace años vienen provocando los reiterados llamados de la Jerarquía eclesiástica y la acción de los católicos más alertas a esa voz y a la realidad en que viven. A través de los mil medios de comunicación del mundo moderno, las voces del siglo XX han penetrado hasta los últimos rincones de las sierras, llanos y valles de nuestro continente. La escuela, la radio, la prensa, el misionero, la propaganda norteamericana y el agitador comunista han revelado a millones de hombres, que hasta ayer no tenían sino un estrecho horizonte y vivían sometidos a su destino, que existe un mundo distinto, de colores brillantes, mejor en muchos aspectos y que es posible tener acceso a él, pues centenas de millones de hombres ya lo disfrutaban.

A las injusticias objetivas se ha añadido el sentimiento de la injusticia, casi siempre justificado y cuyo dinamismo no se suma sino que multiplica el propio de aquellas. Conjuntamente, todo un complejo proceso social ha desmejorado relativamente —y, a veces, hasta en términos absolutos—, la situación de nuestros países y, en tales circunstancias, la “explosión demográfica” ha venido no sólo a agravar dichos males, sino a plantear, con dramática urgencia, la necesidad de una solución que ya no podría ser a base de simples paliativos o remiendos del estado de cosas que, sin grandes variaciones en muchos aspectos, se mantiene desde hace siglos. Basta pensar que en los próximos quince años —¡sólo quince años!— quizá doce o trece años, nuestros países, cuyas limitaciones conocemos, tendrán que proveer al nacimiento, asistencia médica, alimentación, educación, etc., de cien millones de nuevos seres para comprender la urgencia y magnitud de la tarea. De la tarea que si no la hacemos nosotros, se hará contra nosotros. No hay sino que considerar que en los próximos quince años —¡cuando mucho!— habrá que dar trabajo y salario justo a 38 millones de **nuevos obreros**, para advertir la presión que ese simple hecho va a ejercer sobre las ya tambaleantes estructuras de nuestro continente. ¿Cómo se hará para que dentro de ellas encuentren educación, casa y trabajo los centenares de millones de nuevos seres que irrumpirán en los años subsiguientes? ¿Acaso las actuales condiciones son tales que permitan mirar confiadamente hacia el futuro sin encargar la necesidad de un cambio? ¿O son esas condiciones tales, desde el punto de vista moral, que su crítica y las directivas para un cambio escapan a la competencia de la Iglesia y constituyen un problema de origen puramente técnico, que la Iglesia no podría encargar, so pena de clericalismo o que los católicos podrían ignorar sin peligro?

Nada podría contestar mejor estas preguntas que una simple exposición de los hechos, tal como ellos aparecen de acuerdo con los censos y **estadísticas oficiales** de los respectivos países latinoamericanos, con los estudios o investigaciones de organismos internacionales como la CEPAL, la FAO o de autores o entidades nada sospechosos de extremismo revolucionario.

Exposición de los Hechos

Una crisis económica y social

¿QUE OCURRE EN EL MEDIO RURAL LATINOAMERICANO?

A pesar del acelerado proceso de urbanización que ha tenido lugar en casi todos los países de nuestro continente durante los últimos años, la mayoría de los latinoamericanos viven aún en el ambiente rural o dependen del trabajo de la tierra para su subsistencia. Por otro lado, el mismo proceso de urbanización no sería comprensible sin el conocimiento de la situación del medio rural.

Según las últimas estadísticas, casi el 60% de los habitantes de este continente viven en el campo o en aldeas o villorios de hasta 2.000 pobladores, los cuales se consideran incorporados al ambiente campesino, y el 53% de la fuerza de trabajo total de América Latina está ocupado en la agricultura. Esto significa en números absolutos que unos 115 millones de trabajadores son agrícolas.

De acuerdo, por lo general, con el Censo levantado en 1950 en casi todos los países del continente, la proporción de la población rural es en ellos, la siguiente:

Argentina	34%
Bolivia	68%
Brasil	67%
Colombia	62%
Costa Rica	69%
Cuba	45%
Chile	41%
Ecuador	72%
El Salvador	68%
Guatemala	72%
Haití	88%
Honduras	77%
México	57%

Nicaragua	68%
Panamá	52%
Paraguay	70%
Perú	66%
República Dominicana	77%
Uruguay	25%
Venezuela	46%

De 1950 a esta fecha ha aumentado el porcentaje de la población urbana, manteniéndose como línea general una proporción de campesinos superior a la media de América Latina en los países menos desarrollados económicamente.

2.—La distribución de la propiedad rural.—

La propiedad de la tierra es el factor que más influye, no sólo en la economía rural sino en todos los aspectos de la vida campesina, directamente, e indirectamente en la vida entera del país. Y el examen de la forma en que está distribuída la tierra en América Latina, revela entre nosotros, una extrema concentración de la propiedad en pocas manos; por otro lado, una atomización de la propiedad en predios excesivamente pequeños, y en medio, una demasiado débil proporción de propietarios de extensiones medianas. Y, sobre todo, una inmensa masa de campesinos sin tierras ni esperanzas de llegar a poseerlas algún día. Son los primeros los latifundistas, esto es, los dueños de predios de gran extensión y antieconómicos en la medida en que son explotados deficientemente, y son los segundos los minifundistas, es decir, los dueños de fincas tan pequeñas, que no pueden ser objeto de una explotación adecuada; que muchas veces, incluso, ni alcanzan a producir lo suficiente para el consumo del dueño y de su familia. Habría que considerar, además, las diversas formas de tenencia y explotación de la tierra mediante contratos de arrendamiento, aparcería, etc., pero es el fenómeno de la **distribución** de la propiedad agrícola el que básicamente determina todos los demás, e influye, como se ha señalado, mucho más allá del ámbito de la vida propiamente rural. El examen

de la situación por países dará una imagen bastante concreta de este problema.

La Argentina.— Es el más rico país agrícola de América Latina y, en ese terreno, uno de los más importantes del mundo. Su sola superficie sembrada, sin incluir, por tanto, a la dedicada a la ganadería, ha solido llegar a 22 millones de hectáreas, o sea, una extensión casi tan grande como la de Inglaterra, Gales y Escocia juntas. En treinta años, de 1917 a 1947, el número de explotaciones en que se divide ese inmenso y opulento territorio agropecuario subió de 275.000 a 468.000, pero el número de propietarios no aumentó; sólo creció el número de arrendatarios y se estima que hoy menos de una tercera parte de los agricultores argentinos son dueños de las tierras que trabajan. En la provincia de Buenos Aires, la de los suelos de mejor calidad y mejor situados, hay 272 propietarios (incluyendo como unidades algunas familias), que disponen de más de 5 millones de hectáreas. En conjunto, en las ricas provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos (unos 686.000 km²), sólo 2.065 propietarios son dueños del 35% de la superficie agrícola.

En **Bolivia**, antes de la reforma agraria dictada en 1953, 4.967 propiedades de más de mil hectáreas copaban el 89% de los 26.859.000 Hás., de la extensión agrícola del país, en tanto que 43.500 pequeños propietarios no tenían en total sino 180.000 hectáreas. Casi una tercera parte de la gran propiedad era cultivada por el sistema de colonato, que convertía al indio en un verdadero siervo de la gleba, y el 61% no era cultivada o se cultivaba en forma absolutamente deficiente. De 943.000 campesinos activos, el 81% no tenían tierras propias.

Brasil, muestra el caso increíble casi de 62.000 personas que son dueños de 117 millones de hectáreas, que equivalen a 60% de la superficie agrícola actual del país. Esos 117 millones de hectáreas representan más de dos veces la superficie de Francia, casi cuatro veces la de Italia; pero en Brasil se halla en manos de sólo 62.000 personas. Frente a éstas, se encuentran un millón de pequeños pro-

pietarios que tienen en total 7.400.000 hectáreas, el 6% de las que poseen los 62.000 latifundistas. Un millón de medianos propietarios son dueños de 73.600.000 hectáreas. Los grandes propietarios cultivaban, hasta no hace mucho, al menos, el 4% de sus tierras, como término medio, y los pequeños, el 20% de las suyas.

Colombia, es un país que muestra un espectáculo semejante. Menos de 4.500 propietarios —el 5 por mil de los agricultores colombianos— son dueños de siete millones de hectáreas, en tanto que 460.000 pequeños propietarios no cubren en total sino 950.000 hectáreas. Conviene anotar que estos datos se refieren a los 16 departamentos del país y no abarcan las Intendencias y Comisariás de la región amazónica. Los grandes propietarios dedican sus latifundios a la agricultura industrial de exportación, principalmente café, y a la ganadería, a la que están destinadas, 35 millones de hectáreas, incluyendo las de los territorios amazónicos. Pero el rendimiento de la ganadería latifundista es tan bajo que, en diez años más, según lo acaba de advertir el Presidente Lleras Camargo, Colombia tendrá que gastar 35 a 50 millones de dólares anuales en importar ganado si los terratenientes no mejoran la productividad de sus predios, que desde luego, es responsable de que los colombianos figuren entre los habitantes de este continente que comen menos carne y beben menos leche.

Cuba.— Antes de la reforma agraria que ahora se está llevando a cabo y cuyos resultados definitivos aún ignoramos, el Censo Agrícola de 1946 revelaba lo siguiente: nada más que 2.336 personas eran dueños de 4 millones de hectáreas, lo que significaba que el 1,5% de los propietarios cubanos eran dueños de más del 46% de la extensión agrícola del país. Por otro lado, había 62.000 predios, cuya superficie apenas alcanzaba a 9 hectáreas cada uno. El 70% de las propiedades rústicas ocupaba menos del 12% del terreno agrícola cubano.

Chile.— Según el Censo Agrícola de 1952, las propiedades de más de 200 hectáreas ocupaban el 88% de la extensión agrícola chilena, aunque representaban sólo el

11% del número de propiedades. De 648.000 personas, que entonces eran trabajadores agrícolas, 540.000 eran campesinos sin tierras (el 83%).

Dadas las especiales circunstancias geográficas de Chile, se ha solido aducir que las estadísticas son engañosas, porque hacen aparecer como latifundios grandes extensiones agrícolas virtuales que, por estar privadas de riego, carecen de valor económico. Sin embargo, conviene tener presente que, de acuerdo con un estudio practicado en 1952 por un grupo de estudio de la CEPAL y de la FAO, en las provincias de Santiago y Valparaíso, que tienen gran importancia agrícola y demográfica, resultó lo siguiente: 401 propiedades (el 5% del total estudiado), con una cabida superior a 1.000 hectáreas abarcaban el 80% de la superficie agrícola total, y el 63% de la extensión regada; por otra parte, 259 propiedades de menos de 20 hectáreas y de más de una, ocupaban el 1,6% de la extensión estudiada.

Ecuador.— En este país se reproducen en pequeño las mismas condiciones que se presentan en el Perú: cultivo a escala industrial de productos de exportación en la costa y agricultura para el consumo interno, principalmente, en las sierras o altiplano del interior. Por lo que se refiere a esta región, un estudio hecho por la CEPAL, en 1953, muestra que en 8 de las 10 provincias que la componen, hay 24.000 propiedades que cubren 1.700.000 hectáreas. De esos 24.000 predios, 272 (poco más del 1%) cubren más de un millón de hectáreas, o sea, casi el 65% de la extensión agrícola. En el otro extremo, hay 14.000 propiedades de menos de 5 hectáreas; ellas representan el 57% del número de propiedades —y, presumiblemente, de propietarios—, pero no alcanzan a cubrir sino el 2% del área agrícola de la región.

Por lo que se refiere a todo el país, resulta que 1.140 propietarios lo son del 39% de las tierras del país y que 100.000 propietarios —el 92% del total— no disponen ni de la tercera parte de la extensión agrícola ecuatoriana. Unos 700.000 hombres y mujeres que trabajan la tierra del país no son dueños ni de un pedazo de ella.

Guatemala.— Según el Censo Agropecuario de 1950, el 2,2% de los propietarios tenía en sus manos el 70,5% de las tierras. Entre ellos, una sola empresa, la United Fruit Co., era dueña del 6,38% del área agrícola del país, y otros 50 propietarios lo eran del 7,40%. De este modo, 51 empresas o personas tenían cuatro veces más tierras que 161.500 agricultores minifundistas.

Nicaragua.— Según las datos presentados por el diputado conservador, Julio Yeaza Tigerino, en la fundamentación de un proyecto de reforma agraria de que es autor (1957), sólo 200 propietarios disponían de la tercera parte de la superficie agrícola del país, mientras los pequeños propietarios no tenían sino la octava parte; de 214.000 trabajadores —el 86% de la fuerza de trabajo rural—, componía una abandonada masa proletaria.

Venezuela.— Donde es inminente la dación de una ley de reforma agraria, muestra un cuadro similar a los ya bosquejados. En líneas generales, el 1,9% de los propietarios tiene aún el 74% de las tierras agrícolas, en tanto que hay 350.000 familias campesinas sin tierras y, a menudo, sin trabajo. Se calcula que el 83% de los trabajadores del campo cultiva tierras ajenas. Según el Censo de 1941, había Estados como los de Aragua, Carabobo y Miranda, donde la proporción de campesinos que trabajaban lo propio era de 3, 4 y 6%, respectivamente. En nueve Estados y en el Distrito Federal de Caracas, 819 propietarios eran dueños del 80% de las tierras. No parece que esa situación haya cambiado apreciablemente.

De los datos expuestos resulta que, por lo que respecta a América del Sur, sin considerar Perú (donde la situación es de las más graves), Bolivia (donde ha habido un comienzo de reforma agraria) y Paraguay, sólo unas 80.000 personas son dueños de más de 1.600.000 kms.2 de tierras agrícolas, es decir, de una superficie explotable igual a casi la décima parte de todo este continente, incluyendo la inmensa hoya amazónica, la cual no ha sido considerada en los cálculos sobre distribución de la propiedad agraria. Por otro lado, se puede estimar sin pecar de aven-

turados que, de los 30 millones de campesinos activos de América Latina, alrededor de 24 millones, que con sus familias forman una masa de unos 95 millones de seres humanos, son proletarios agrícolas. Y esa masa forma la mitad de nuestra población.

Grave y urgente deber

Es cierto que la población rural ha ido perdiendo importancia numérica con el acelerado desarrollo de la urbanización, pero sería un grave error creer que la evolución demográfica habría de significar una disminución de la presión por un cambio en las estructuras agrarias en América Latina. En números absolutos, los campesinos de nuestro continente irían aumentando año a año y, sobre todo, se irían haciendo sentir con una fuerza arrolladora las presiones de todo el cuerpo social para cambiar una situación que repercute desastrosamente en todos los órdenes de la vida de cada país. Aún prescindiendo, por el momento, de la lesión que sufren los valores morales con la situación descrita, es evidente que el problema agrario es uno de los más graves —si no el peor— de los que sufre América Latina y uno de los que más directamente golpea la conciencia católica. Con toda razón se dejó establecido en las Conclusiones del 4.º Congreso Internacional Católico de la vida rural, celebrado en la capital chilena, y que forman la “Carta de Santiago” que:

11.º “Es la tierra el gran don de Dios, puesto en las manos del hombre y sometido a su dominio, sin distinción de personas ni de grupos, para que constituya la fuente de alimentación y demás medios de vida y progreso para todos los hombres”.

12.º “Se considera grave y urgente deber para cuantos se hallan vinculados con la tierra, por su condición de dirigentes, de propietarios o de trabajadores, el actuar eficientemente para lograr que las relaciones queridas por Dios entre la tierra y el hombre constituyan, en verdad, un factor de bien común”.

13.o “La experiencia hecha en algunos países de América Latina en los cuales, en los últimos decenios, se ha operado la transformación de la estructura agraria, demuestra la perentoria necesidad de la misma. Ello se hace más evidente aun al observar las características de apresuramiento dolorosamente revolucionario que la han acompañado en aquellos países, arrancándola del curso evolutivo que era de desear”.

“A fin de evitar estos trastornos en la consecución de este fin, cada día más evidentemente necesario, que podría gravitar, como en los casos anteriores, tanto en el orden económico como en la armonía social, es necesario crear conciencia al respecto, estudiar activamente las experiencias hechas y actuar con prontitud en la forma más adecuada posible”.

Y señala luego la misma carta de Santiago:

16.o “Es verdad que no hay un criterio único para la solución de los problemas de la tierra, pero sí que debe haber una visión unitaria de la política y legislación agraria, regulando la distribución de la propiedad, los sistemas de cultivo y las relaciones de trabajo, de manera que todo vaya encaminado a una triple elevación del hombre, elevación material —condiciones de trabajo, habitación sana—; elevación social, instrucción técnico-profesional, asociaciones profesionales; elevación moral, educación en el sentido social y de responsabilidad en el trabajo”.

El plazo para realizar esta triple promoción del hombre es muchísimo más breve de lo que parecen creer quienes se adormecen en una beatífica contemplación del pasado, que muestra el cuadro, no siempre real —ni siquiera en el pasado— de unos hacendados paternos, rigiendo la vida de dóciles familias campesinas, felices cristianamente con su decorosa pobreza.

Sin perjuicio de que, a Dios gracias, aún haya casos que corresponden a ese esquema, la situación general es muy distinta, como en seguida se verá.

Por otro lado, a los que crean que las masas campesinas de nuestro continente son la reserva moral y política

ca frente al extremismo revolucionario del proletariado urbano, conviene recordar que el comunismo se ha establecido precisamente en los dos países — Rusia y China— donde un numeroso proletariado agrario sirvió de inestimable apoyo a la minoría revolucionaria que les prometió y les dio —siquiera temporalmente— la tierra que habían poseído por generaciones. Especialmente la revolución china, dirigida por Mao Tse Tung, a quien Stalin llegó a condenar despectivamente como “reformista agrario”, es especialmente ilustrativa de lo que puede llegar a ocurrir en nuestro continente si la conciencia cristiana no cambia la situación existente de acuerdo con las exigencias de la justicia y de la caridad.

Noventa millones de campesinos latinoamericanos viven así

a) **La habitación.**— La visión más directa e impresionante de los cinturones de miseria que hoy rodean a las grandes ciudades latinoamericanas parece haber dejado en segundo plano el cuadro de la vida igualmente inhumana que se ofrece en las más lejanas y aisladas casas de los campesinos. Los testimonios a este respecto son concluyentes.

En el mencionado Congreso de la Vida Rural, el arquitecto Rolando Maturana citó algunos pasajes de un informe de la Unión Panamericana, que se refieren a países determinados pero que, según su juicio y experiencia, corresponden a las características generales en nuestro continente.

“La casa rural más común en el país es una especie de choza de una sola habitación, que comprende una estructura de sustentación de cuatro troncos, con sus cuatro transversales; paredes de barro sobre un entarimado de varas, techo de paja y hojas de palma y a veces tejas de barro mal cocido”.

El mismo informe, refiriéndose a otro país expone:

"La casa común está hecha de paredes de adobe, o piedras y adobe, con techo de paja, generalmente en mal estado, y se compone de una o dos piezas oscuras, húmedas y sucias frecuentemente compartidas por personas y animales. Los pisos son de tierra apisonada. La casa rural es pequeña en área y volumen, con lo cual se busca hacerla más confortable contra el frío de las noches. Las ventanas son muy raras y las puertas son pequeñas y sin vidrios. Las actividades de la casa se desarrollan durante el día en el patio. No existen servicios higiénicos y el agua se extrae de corriente de pozos".

Por su parte, el dirigente venezolano Rómulo Betancourt, actual Presidente de su país, el que tiene la más alta renta per cápita en América Latina, escribía hace cuatro años:

"El rancho, esparcido en la vasta área rural (venezolana) es un tipo de construcción primitiva, apenas diferente de la vivienda indígena que encontró el conquistador español del siglo XVI. Y con la diferencia, favorable a los indios, de que entonces no estaban generalizadas en el trópico algunas de las endemias que después han azotado a la población americana. De las 668.752 viviendas censadas, eran "ranchos" 406.460, donde vivían 2.109.951 personas".

La ya citada presentación del arquitecto Rolando Maturana al 4.º Congreso de la Vida Rural hace ver que en Cuba el 85.5% de las habitaciones rurales están hechas en forma "francamente objetable"; en Panamá ocurre otro tanto con el 70% y aún en un agro tan próspero como el argentino el 56% de las habitaciones campesinas son inaceptables; y si en Chile se destruyen las viviendas rurales insalubres, el 58% de los campesinos quedaría sin techo.

En resumen, más de 15 millones de casas, es decir, el 80% de las que se levantan en los campos de América La-

tina no cumplen con los requisitos mínimos de una habitación humana.

b) **Los males del aislamiento.**— Los 115 millones que componen la población rural de América Latina viven esparcidos sobre un inmenso continente de 20 millones de kilómetros cuadrados. En este continente, los medios de comunicación son escasos y malos. Sólo en las últimas décadas la radio y el avión han comenzado a unir con el cuerpo de su respectivo país a millares y millones de hombres diseminados en pequeñas aldeas, poblados, casas aisladas en la inmensidad de los llanos de Venezuela, las selvas de la hoya amazónica, el altiplano andino o las pampas patagónicas. ¿Cómo hacer llegar hasta ellos los beneficios de la civilización en forma de asistencia médica, educación y difusión de la cultura, resguardo policial de la vida y de los bienes, etc.? Sin perjuicio de insistir más adelante sobre el problema de la escasez de clero, es evidente que no puede haber una apropiada acción pastoral y fomento de la vida religiosa cuando las parroquias, que, a menudo ni siquiera tienen un titular, cubren miles de kilómetros cuadrados en los que pequeños grupos de fieles quedan en lugares prácticamente inaccesibles.

Las mismas dificultades rigen, y con mayor razón en cierto modo, por lo que se refiere a la acción del Estado. Este hecho es trágico sobre todo en el terreno de la educación. Si el analfabetismo afecta a no menos de 70 millones de latinoamericanos, la proporción es mucho mayor en el medio rural. Prácticamente, si uno de cada dos niños campesinos tiene acceso a la educación primaria, muy pocos la tienen a la secundaria.

Otro tanto ocurre por lo que se refiere a la asistencia médica y social. En Colombia, por ejemplo, donde hay un médico por cada 2.000 habitantes, resulta que los dos tercios de esos profesionales se hallan establecidos en las capitales de departamentos, en forma de que el 88% de la población recibe atención de la tercera parte de los médicos de que dispone el país. Aún en países relativamente pequeños y con mejores comunicaciones como Chile, ocu-

re que en la capital la proporción de parturientas que recibe atención médica es cuatro y media veces superior que la de las que reciben esa atención en Chiloé.

Todos estos hechos concurren a que una enorme masa de latinoamericanos estén, en el hecho, al margen de los beneficios de la civilización y se hallen terriblemente retrasados, víctimas de la ignorancia y el abandono, en una vida sin horizontes. ¿Qué de particular tiene entonces que por millones los campesinos abandonen sus hogares, ya que no sus tierras, que no las tienen, y emigren hacia las ciudades? Esto es mucho más explicable si se considera el aspecto directamente económico de su situación.

c) **Las rentas de los campesinos.**— Uno de los rasgos característicos del latifundio, es que según se ha dicho con exactitud, se basa más en la explotación del hombre que en la explotación de la tierra. De tal manera, la productividad de la agricultura latinoamericana es muy baja y su participación, como rama de la producción, en la renta global de cada país, es muy inferior a la que correspondería en proporción al número de personas que trabajan la tierra. En la agricultura trabaja el 53.1% de la población activa del continente, pero esta rama contribuye sólo con el 24% del producto bruto. Así resulta que si la productividad media se representa por 100, la productividad de la agricultura es sólo el 46.

La estructura latifundista conduce luego a que esta participación disminuída de la agricultura en el producto global se reparta muy desigualmente entre los que trabajan la tierra. En lo que se refiere a Chile, que podría considerarse en situación mejor a este respecto que la media en América Latina, el economista Jorge Ahumada ha calculado la siguiente distribución:

Si el ingreso agrícola total se calcula en 123.000 millones de pesos en 1955, corresponden a los grandes propietarios \$ 70.400 millones. Pero dichos propietarios y sus familias suman sólo 103.000 personas, en tanto que a los campesinos pobres, que son casi 1.500.000, incluyendo también sus familias, les tocan sólo 31.400 millones. En esta

forma, los dueños de fundos (de más de 200 hectáreas) ganan por sí y por cada persona de su familia 693.000 pesetas al año, en tanto que los que trabajan la tierra con sus manos, ganan, también término medio y per capita \$ 21.300. La proporción es de 1 a 32.

De tal manera resulta que millones de campesinos de América Latina se encuentran en una situación muy poco mejor, si no similar, a la de los peones de los más atrasados países de Asia, aunque las cifras de las rentas nacionales per capita aparenten otra cosa.

d) Las masas indígenas.— América Latina es eminentemente un continente mestizo, no sólo desde el punto de vista de la sangre sino también desde el de la cultura. Tan intenso, complejo y sutil ha sido el mestizaje que resulta muy difícil establecer una línea divisoria entre el blanco, el propiamente mestizo y el indio, en muchos países. Felizmente el proceso integrador de la Colonia, bajo el signo de la igualdad y hermandad cristianas, nos libró del problema racial. Pero ello no implica que el indio no subsista como problema económico y cultural, incluyendo en este aspecto el religioso. Se trata de que en varios países, donde había una numerosa población autóctona a la llegada de los españoles, han perdurado masas considerables de indios, culturalmente retrasados y explotados económicamente. En su mayoría, ellos forman ahora, junto con los mestizos más próximos, el sector más abandonado del abandonado medio rural de América Latina.

Su número es importante. En México, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua llegan, aproximadamente, a ocho millones, o sea, a la quinta parte de la población total. En la región andina de Ecuador, Perú y Bolivia, donde se halla el otro núcleo importante, no son menos de siete millones, es decir, el 41% de los habitantes. En esta región subsiste, en términos generales, el régimen de las "comunidades" o agrupaciones de familias estructuradas según rezagos de la organización de los antiguos "ayllus" del Imperio incaico y de las "reducciones" o pueblos de indios establecidos por los españoles. La subsistencia de ta-

les comunidades está favorecida por el factor geográfico de pequeños valles separados por altas cordilleras, de hondos cañones o de planicies heladas en las punas, que dan una configuración de archipiélago de "islas" de población humana completamente incomunicadas entre sí, a la región andina. Igualmente, hasta ahora ha influido el equilibrio demográfico casi estacionario, por razón, principalmente, de la mortalidad infantil. A esto se ha unido, además, el factor sicológico de cierto fondo ambiguo, pero poderoso, de unidad tribal y gentilicia, derivada de la antigua creencia en una ascendencia común cuyo primer origen sería una divinidad totémica, factor sicológico que se manifiesta todavía en la preocupación de mantener la pureza de la sangre de la comunidad, evitando toda unión con persona extraña a ella.

Sin embargo, hoy se está operando una transformación profunda en mérito de la cual esos factores favorables a la subsistencia de la comunidad están desapareciendo. En primer término, los antibióticos y los elementos de asistencia médica en general, están penetrando en esas regiones y han reducido en gran escala la mortalidad de sus habitantes. Esto ha dejado al descubierto la normal intensísima natalidad entre los indígenas, provocando una "explosión demográfica" de grandes proporciones. En seguida, las redes de nuevos caminos, que han empezado a unir localidades de segundo y tercer orden a las vías troncales ya existentes, han puesto en contacto a las comunidades con las ciudades de provincias y con la capital.

Estas y otras causales están precipitando un proceso que se manifiesta en la migración masiva de indios a las ciudades, en el debilitamiento de su actitud comunitaria, en favor de una tendencia individualista en la economía, y en la aceleración de los fenómenos de transculturación por contacto con los sectores blanco y mestizo del país. Semejante transformación no se opera sin embargo sin graves riesgos para el indígena. El principal consiste en que al abandonar la economía de subsistencia, propia de las condiciones geo-económicas de la comunidad, cae nor-

malmente en el sistema económico comercial, pero para constituir dentro de él el más bajo sub-proletariado.

Ya se están ensayando, en algunas partes, sin embargo, formas ventajosas de una transformación de la primitiva economía de subsistencia en una economía de desarrollo, mediante el sistema de cooperativas. Estas, manteniendo el espíritu de colaboración colectiva, propio de la comunidad, respetan y utilizan el principio de libertad individual y los recursos del sistema comercial pero poniéndolos a salvo de los abusos de intermediarios y rescatistas, que por mucho tiempo frustraron todo esfuerzo del indio por alcanzar una etapa más evolucionada de economía. De un modo especial conviene señalar las notables experiencias de cooperativas que los misioneros de Mary Knoll están realizando en el "altiplano andino" (Perú y Bolivia), como también las que los misioneros de Scambourough realizan en Sto. Domingo y Puerto Rico.

América Latina, Continente subalimentado

Una de las consecuencias inmediatas y directas de la mala organización agraria de América Latina y que afecta a todo el cuerpo social, no ya a los propios campesinos, es el hecho de que la agricultura de este continente haya sido incapaz de aumentar la producción de alimentos en forma de hacer frente al crecimiento de la población y sus necesidades. En términos generales, este fenómeno se podría expresar diciendo que la producción agrícola y, en especial, la de alimentación es hoy proporcionalmente menor en América Latina que lo que era antes de la última guerra. A este respecto nuestro continente se encuentra en la misma situación que Asia, o, con más propiedad, que el Lejano Oriente, Africa, Oceanía y el Medio Oriente, en tanto que Norteamérica y Europa, producen ahora más alimentos per cápita que antes de la guerra, pero América Latina produce menos. Sobre la base de que el índice

100 corresponde al promedio de los años 1934-38, la situación de América Latina puede apreciarse por el siguiente cuadro:

Región	Produc. alimenticia por habitante		Produc. agrícola total por habitante	
	1946	1947	1954	1955
Europa Occidental	72	72	109	109
América del Norte	124	121	113	110
América Latina	94	91	94	92
Oceanía	85	87	87	91
Extremo Oriente (sin incluir China)	80	77	86	86
Medio Oriente	91	90	106	106
Africa	93	94	111	111

o Presentado por el P. Louis-Joseph Leuret en "Suicide ou survie de l'Occident", pág. 63, sobre la base de datos elaborados por la FAO.

Otros cuadros elaborados por la FAO muestran que la población de América Latina ha crecido del índice 100 en la pre-guerra a 145 en el período 1948-53, mientras la producción agrícola ha subido de 100 a sólo 132. Aunque dentro del total de la producción de la agricultura los alimentos han venido teniendo una proporción más y más importante hasta alcanzar al 80% del valor total de lo producido, gran parte de esos productos son de los que se destinan en su mayor parte a la exportación, como el café, el azúcar, o el cacao.

El resultado es que las raciones alimenticias de los latinoamericanos se han empobrecido. Muchos países han debido destinar a la importación de alimentos cuotas importantes de sus divisas. El economista chileno Jorge Ahumada, ya citado, calculaba en 1958 que en los doce años anteriores, su país ha tenido que gastar en la importación

de trigo y carne solamente, alrededor de mil millones de dólares. Por su parte, el ministro de Agricultura y Cría de Venezuela, doctor Víctor Giménez Landínez, expresaba en 1959 lo siguiente:

“Importadores de casi todo lo que comemos, los venezolanos deberíamos sentir vergüenza de estar gastando 102 millones de bolívares en importar leche, 42 millones de bolívares en importar huevos y muchísimos otros millones en la importación de artículos que deberíamos producir en nuestra tierra” **. Y eso ocurre en el país de América Latina que dispone de la más alta cuota de tierra agrícola por habitante, cuatro hectáreas, el doble de lo que tiene actualmente la Argentina y el cuádruple de lo que tiene Chile. En un artículo publicado en el diario “El Comercio” de Lima el 12 de octubre de 1959, el ingeniero Octavio Díez Canseco mostraba que su país, con 7 habitantes por kilómetro cuadrado de superficie, ha gastado casi 480 millones de dólares en importar alimentos en los 10 años comprendidos entre 1946 y 1955. En el mismo trabajo se presentaba el siguiente cuadro de la producción de alimentos en el Perú, que es en realidad impresionante.

o Cf. Jorge Ahumada “En vez de la Miseria”.

o Discurso al Congreso Campesino, el 2 de junio de 1959.

**Indíces de la Producción per capita
(sobre la población total)**

	1942=100						
	1950	1951	1952	1953	1954	1955	1956
Trigo	119	128	130	133	126	115	91
Cebada	151	136	144	147	145	130	97
Menestras	79	86	67	45	55	56	57
Maíz	52	55	58	57	53	51	44
Papas	182	171	170	176	181	169	120
Tubérculos	305	228	174	173	162	176	172
Hortalizas	998	984	795	815	685	683	666

La tendencia declinante en la producción de alimentos que el ingeniero Diez Canseco señala para el Perú se puede observar en toda América Latina, salvo unos pocos países —México, por ejemplo. Los resultados se observan, naturalmente, en la mala alimentación de la gran masa de habitantes. En su obra ya clásica sobre la materia, "Geopolítica del Hambre", Josué de Castro hace un dramático "Retrato de la América del Sur" y otro de la zona que llama "El Mediterráneo Americano" y en la que engloba a todos los países latinoamericanos comprendidos entre América del Sur y Estados Unidos. Vale más citar in extenso sus expresiones.

"No hay un solo país de América del Sur —dice— cuya población esté absolutamente exenta de las consecuencias del hambre. Todos sufren esa terrible calamidad. Sin embargo, ella se presenta de manera más intensa en algunas regiones y más discreta en otras. Desde tal punto de vista podemos considerar en América del Sur dos sectores de hambre: un sector A, donde la alimentación es extremadamente defectuosa y en el que se asocian el hambre cuantitativa y las insuficiencias cualitativas específicas del régimen alimenticio; y un sector B, donde las condiciones son menos malas y en el que no existen sino las hambres específicas de algunos principios nutritivos, siendo el régimen alimenticio cuantitativamente suficiente.

"El sector A cubre las tres cuartas partes de la superficie territorial del continente y comprende las siguientes regiones: Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador, Chile, el Noroeste y el Extremo Sur de la Argentina, la mitad occidental del Paraguay y la mitad norte del territorio brasileño.

"El sector B se extiende por el Este del continente, entre los 20° y los 40° de latitud, cubriendo las tierras del Centro-Oeste, y del sur de Brasil, el territorio paraguayo situado al Este del río Paraguay, el Uruguay y la región Noreste de la Argentina".

Por lo que se refiere al "Mediterráneo americano", Jo-

sué de Castro distingue la región continental y las islas de las Antillas.

“En la zona continental que se extiende de Panamá a Méjimo —escribe— encontramos un tipo de alimentación extremadamente deficiente, cuyo elemento básico es el maíz... Alimento completamente perfecto cuando se le consume con otros alimentos protectores, el maíz no puede nutrir suficientemente el organismo cuando constituye la única fuente de proteínas, sales minerales y vitaminas. Y esto es lo que ocurre en la América Central, la zona donde el régimen alimenticio es el más monótono de todo el continente... No es extraño que las encuestas efectuadas en esta zona hayan revelado una cantidad impresionante de carencias de las categorías más diversas... Una de las consecuencias más graves del estado de hambre crónica de los pueblos de América Central es su apatía legendaria, su indiferencia y falta de ambición tradicionales”.

Y, finalmente, en lo que respecta al “collar de esmeraldas de las Antillas”, el mismo Josué de Castro estampa estos juicios literalmente lapidarios. “Las condiciones de vida de la parte continental de la América Central son menos graves que las que existen en la larga cadena de islas que se extiende sobre 1.500 millas de océano, desde la península de La Florida hasta las costas de Venezuela... Aquí viven algunos de los grupos humanos más devastados por el hambre y por la desnutrición en todo el hemisferio occidental... A los ojos de los sociólogos de nuestros días, el collar de piedras preciosas de las Antillas aparece como una joya falsa, de gemas sin brillo, cuya montura ha sido roída por el tiempo. Aún la piedra más rica del collar, Cuba, la ‘Perla de las Antillas’, se debate en sucesivas crisis económico sociales debidas a la explotación de su suelo por una monocultura tiránica y ruinosa” (*).

En el mismo capítulo de su “Geopolítica del Hambre” Castro multiplica los ejemplos concretos de los diversos efec-

* Josué de Castro, “Geopolitique de la faim”, capítulo III, “La faim dans le Nouveau Monde”.

tos de la desnutrición en los distintos países de América Latina: el 60% de los recién nacidos en La Paz, que tienen un peso inferior en un 20% al normal; el 73% de los habitantes de Lima, que presentaba estados clínicos derivados de carencias de proteínas; el 95% de la población de Venezuela afectados por parásitos intestinales; el 28% de los escolares de Paraguay enfermos más o menos gravemente de bocio; una deficiencia de 50% en el consumo de calcio, generalizada en todos los países, etc. Aparece así que, si en la América colonial había una raza de blancos que dominaba y regía la masa de indios y mestizos, en la América del siglo XX hay también una raza minoritaria, ordinariamente blanca, bien nutrida y desarrollada, junto —o sobre— una raza que es biológicamente de segundo orden y que hasta se está empequeñeciendo de tamaño para defenderse. Hace cinco años, el doctor Julie Santa María, especialista chileno en nutrición publicó los resultados de una encuesta que abarcó dos grupos sociales definidos, el de los niños de la capital chilena que hacen sólo estudios primarios y el de los niños en situación de seguir estudios secundarios. El grupo de los primeros mostraba a los 16 años una estatura media inferior en 14 centímetros y un peso medio inferior en 14 kilos a la estatura y el peso del grupo más favorecido **. Por lo demás, sin necesidad de mayores investigaciones, cualquiera puede comprobar la generalización de este fenómeno en toda América Latina, observando un desfile militar y comparando a ojo la estatura y el peso de los conscriptos con los de sus oficiales. ¿Acaso ocurre algo semejante en los demás países del Occidente?

El siguiente cuadro muestra, en términos más científicos, que un desfile militar, la situación de América Latina en dos aspectos esenciales de la nutrición. El consumo diario de proteínas de origen animal y el contenido en calorías de la dieta diaria.

** Citado por Mario Zañartu en "Terre d'angoisse et d'espérance", L'Amérique Latine", pág. 41, nota 2.

CONSUMO DIARIO POR HABITANTE

	Proteínas de origen animal en grs.	Calorías disponibles	Calorías necesarias
Estados Unidos	63	3.090	2.640
Francia	49	2.785	2.550
Argentina	57	2.800	2.600
Uruguay	67	2.940	2.570
Paraguay	48	2.670	
Brasil	16	2.340	2.450
México	16	2.050	2.490
Colombia	26	2.280	
Perú	12	2.080	
Chile	26	2.490	2.640
Venezuela	21	2.280	
Cuba	26	2.740	

Este cuadro, aunque no abarca todos los países latino americanos, confirma, en sus líneas generales, la clasificación hecha por Josué de Castro, según la cual hay un sector sudamericano que tiene una situación alimenticia buena, mientras la mayoría de los habitantes, que pertenecen al sector geográfico más extenso, no alcanza a una dieta suficiente.

Por otro lado, el mismo Castro señala un hecho ya conocido, cual es el de que las carencias e insuficiencias alimenticias empujan al consumo inmoderado de alcohol y otros estimulantes, con las consecuencias inevitables en el orden higiénico, moral y económico.

Como es también sabido, no son sólo las deficiencias alimenticias las que empujan a beber a un enorme número de latinoamericanos, sino también la necesidad de encontrar un escape a una vida sin horizontes espirituales y ma-

* Cuadro presentado por Mario Zañartu en op. cit., pág. 40.

teriales. La importancia de la habitación como base material del hogar y de la vida de familia es obvia y a este respecto la situación de la generalidad del pueblo latinoamericano no es mejor que la ya vista en el caso de los campesinos.

América Latina, Continente sin casas

Las estadísticas elaboradas por las Naciones Unidas, muestran que en 1950, para casi 152 millones de habitantes de Estados Unidos había casi 45 millones de habitaciones, o sea, una habitación para 3,37 personas. En 1951, en Colombia, para 11 millones y medio de habitantes (números redondos) había 1.700.000 habitaciones, es decir, una para 6,76 personas.

El mero planteamiento del problema sobre la base del número de personas que, en América Latina, viven o, más bien, se hacinan en cada habitación, sería evidentemente falso. No sólo hay un escaso número de habitaciones que obliga a una promiscuidad dañosa desde todo punto de vista, sino que, como ya se ha visto más particularmente, con respecto al ambiente rural, la calidad de la habitación es tan mala, que si se destruyeran las que son inapropiadas, los latinoamericanos tendríamos que vivir, término medio, a razón de unas doce personas en cada una de las habitaciones más o menos dignas de conservarse.

Entretanto, eso no ocurre, debido a que una enorme proporción de los habitantes viven hacinados en casas deficientes, en el caso de la clase media, o manifiestamente subhumanas, cuando se trata de obreros.

En términos generales, la situación es la siguiente:

—En las llamadas “áreas metropolitanas” (ciudades de más de 100.000 habitantes), el 45% de la población no tiene un techo apropiado a su condición de persona humana,

—En las “áreas urbanas” (ciudades y pueblos de menos de 100.000 habitantes), el 25% de la población se encuentra en las mismas condiciones.

—En el medio rural, el 80% de los campesinos no tiene casas dignas de tal nombre.

Estos datos se contienen en el informe publicado por la Unión Panamericana, en 1954, con el título de “Problemas de la vivienda de interés social” (y el mismo documento señala que en este continente hay 19.500.000 casas que es necesario reemplazar, porque no reúnen los requisitos mínimos para habitación humana).

Esta situación es extremadamente seria, aún formulada así, en meros términos estadísticos y se presenta con dramáticos caracteres a quienquiera haya echado siquiera un vistazo a los cinturones de habitaciones increíblemente miserables que rodean (y a veces, penetran hasta el corazón), a todas las capitales latinoamericanas.

Pero, más grave es aún el hecho de que tal situación no va en vías de mejoramiento, sino hacia un rápido y hasta el momento indetenible deterioro. La causa radica sencillamente en que no se construye actualmente el número de habitaciones suficientes para alojar el aumento de la población. Es así como en los últimos diez años el problema de la habitación en América Latina se ha agravado trágicamente, pues no se ha construído ni la tercera parte de las casas indispensables para los nuevos latinoamericanos llegados al mundo. Esta es una situación que, con muy escasas diferencias afecta a todos los países del continente. Y de una magnitud tal que, a estas alturas, como ya lo han advertido los técnicos, sólo podría solucionarse mediante un esfuerzo continental.

De acuerdo con el ya citado informe de la Unión Panamericana, que parte de la base de que los latinoamericanos podrán tener paciencia durante los próximos treinta años para aguardar la solución del problema habitacional, éste podría resolverse mediante la construcción de un millón de viviendas, por lo menos, cada año, para salvar el déficit habitacional de arrastre o latente y enfrentar las necesidades creadas por la explosión demográfica, pero sin

alcanzar a reponer así el desgaste operado en las casas actualmente existentes y habitables, que también necesitarían ser repuestas.

La construcción de más de un millón de viviendas anuales, como mínimo, durante el largo plazo de los próximos 30 años, constituye un esfuerzo indispensable y gigantesco. La desproporción que se advierte entre la magnitud creciente de las necesidades y el esfuerzo que actualmente se realiza (se necesita 5, ¿se hace 1?), plantea una interrogante cuya gravedad no se podría exagerar.

Los cinturones de miseria humana

La incapacidad latinoamericana para solucionar el problema habitacional —como para hacer frente a la cuestión agraria—, y el acelerado proceso de urbanización producido en las últimas décadas, han determinado la formación de las inhumanas aglomeraciones que hoy se observan en torno a todas las grandes ciudades del continente.

Las que en Buenos Aires se llaman “villas miserias”; “Tavelas”, en Río de Janeiro;; “poblaciones clandestinas”, en Lima; “Poblaciones Callampas”, en Santiago, y “ranchos de los cerros”, en Caracas, son hoy la muestra más visible de la miseria, los desajustes y los peligros de la civilización latinoamericana. Por otra parte, dichas aglomeraciones no sólo son miserables e inhumanas, desde el punto de vista habitacional, con todas las consecuencias físicas y morales que ello implica, sino que han pasado a ser como cuerpos extraños dentro de la organización social.

Sin calles, ni ninguno de los servicios elementales de una comunidad moderna urbana; luz, agua, eliminación de excretas, etc.; sin que los pobladores sean dueños de los terrenos y siendo, incluso, a veces, ocupantes violentos, ni las ordenanzas municipales, ni la acción policial, ni la ley común tienen entrada o un punto de inserción sólido en

estas aglomeraciones. Ellas resultan así, terriblemente destructoras de los valores familiares y de la dignidad humana por las condiciones que ofrecen al desenvolvimiento de la vida, y destructoras de las formas tradicionales de organización y convivencia sociales, focos de rebeldía y agitación. Por un lado, han surgido así organizaciones espontáneas de los pobladores para ordenar su convivencia y superar su situación por sus propios medios, o con la ayuda de las autoridades y se han puesto en evidencia y en acción las magníficas reservas de caridad y fraternidad cristianas y los valores humanos que hay en nuestros pueblos. Pero, por otro lado, están germinando aceleradamente en esas mismas poblaciones todos los elementos de destrucción del hombre, la familia y la organización social existente, para los cuales la extrema miseria y el desamparo constituyen insuperable caldo de cultivo. No es mera coincidencia que ya en dos capitales latinoamericanas (Santiago de Chile, en 1957; Caracas, en 1959), haya habido serios motines callejeros desencadenados por la acción de los pobladores de las "callampas" y de los "cerros", y que en las dos mayores ciudades brasileñas sean frecuentes las algaradas y manifestaciones violentas con participación activa de los mismos elementos. Lo sorprendente, en realidad, es que tales hechos no se produzcan con mayor frecuencia, pero lo más probable es que, en el futuro, no haya de qué sorprenderse tanto.

La acción profundamente desorganizadora que sufren los pobladores de las periferias metropolitanas en toda América Latina, cuyo número ya es de millones, se ve agravada por el hecho de que, en su gran mayoría son emigrantes campesinos, individuos arrancados a su ambiente

⊙ Cf. "La vivienda en América Latina", informe presentado al IV Congreso Internacional Católico de la Vida Rural, por el arquitecto Ramón Venegas Carrasco."

habitual, a las formas de vida tradicionales y arrojados por la corriente de la miseria al torbellino cruel y materialista de las grandes ciudades modernas.

De esta manera, el rápido proceso de urbanización de nuestro continente se está operando en las peores condiciones posibles, sobre todo, desde el punto de vista moral. Y se trata de un movimiento que afecta a masas impresionantes. Se puede calcular que de 1940 a 1955, alrededor de un millón de habitantes del interior de la Argentina, ha emigrado hacia el Gran Buenos Aires. En los últimos años, Santiago de Chile ha estado creciendo a razón de 100.000 habitantes por año, de los cuales 60.000 corresponden al aumento vegetativo de la población, y el resto, a inmigración, proveniente de las provincias. Si en 1800 Santiago tenía 35.000 habitantes, Buenos Aires, 40.000, y Sao Paulo 15.000; en 1950, las poblaciones respectivas eran de 1.500.000, 3.200.000 y 2.230.000. En los últimos años, todas las capitales latinoamericanas han conocido el mismo proceso de crecimiento acelerado hasta proporciones elefantíacas, como se puede ver en el siguiente cuadro:

Gran Bs. Aires	5.617.000	habs.	29,4%	de la pobl. del país
Río de Janeiro .	3.625.000	habs.	6,2%	" " "
Sao Paulo	3.325.000	habs.	5,7%	" " "
Bogotá	1.000.000.	habs.	8,1%	" " "
México, D. F. . .	3.700.000	habs.	12,5%	" " "
Panamá	205.000	habs.	22,6%	" " "
Lima	950.000	habs.	10,1%	" " "
C. Trujillo	255.000	habs.	10,6%	" " "
Montevideo . . .	1.150.000	habs.	44,0%	" " "
Caracas	1.000.000	habs.	17,3%	" " "

“Esta urbanización —anota el profesor Gustavo Beyhaut—, se debe, en general, a causas no industriales. Más que por la atracción de la ciudad, la despoblación del campo es fruto del empobrecimiento del suelo, del régimen de tenencia de tierras o de los exiguos salarios y malas condicio-

nes de vida de los trabajadores rurales. Para muchos, la urbanización significa, ante todo, occidentalización, es decir, un cambio en las formas culturales. Lo malo es que no va acompañada de un proceso económico y el campo no ha respondido debidamente a la creciente demanda de productos alimenticios para las ciudades, por lo que, en muchos casos, hay que importar estos productos del extranjero”.

“Los problemas relacionados con el rápido proceso de urbanización son, en gran parte, resultado de los bajos niveles de vida del campo, que inducen a la migración hacia las ciudades, aumentando así la pobreza que en las mismas se ofrece. En el fondo, ese traslado apresurado lleva la pobreza del campo a la ciudad, poniendo en peligro la estabilidad política y social del continente.” *

Algunas consecuencias

No es de extrañar, naturalmente, que, como consecuencia de las malas condiciones en que se desenvuelve la vida rural, de la subnutrición que afecta a las dos terceras partes de la población en América Latina y de las condiciones inhumanas en que vive una parte importante de los habitantes de las ciudades, los latinoamericanos tengan un nivel sanitario inferior al del resto de Occidente, mueran en más alta proporción, sobre todo los niños y tengan menores expectativas de vida al llegar a este mundo. En Estados Unidos mueren 26.6 niños de cada 1.000 antes de llegar al año, y en Francia, 41.9. La tasa de la mortalidad oscila alrededor del 11 por 1.000 en los países de Europa Occidental y la expectativa de vida de un europeo al nacer es ahora casi de 70 años. Compárense dichas cifras con las que corresponden a América Latina.

* Gustavo Beyhaut: “Sociedad y cultura latinoamericana en la realidad internacional”, pág. 33.

	Tasa de mor- talidad	Tasa de mor- talidad infantil	Expectativa de vida al nacer	
Méjico	16.2	91	50.7	años
Costa Rica	12.2	88	57.6	"
El Salvador	14.7	86	52.6	"
Guatemala	21.9	130	39.6	"
Honduras	12.0	112	52.6	"
Nicaragua	10.8	86	52.4	"
Panamá	9.6	55	62.3	"
Cuba	—	—	—	
Haití	—	—	—	
R. Dominicana	10.0	88	—	
Bolivia	19.5	146	46.4	"
Brasil	19.2	142	44.1	"
Colombia	14.3	112	52.8	"
Ecuador	18.5	142	47.3	"
Perú	14.1	112	52.6	"
Venezuela	14.0	112	52.8	"
Argentina	8.9	56	62.8	"
Chile	15.3	135	50.6	"
Paraguay	12.3	85	57.5	"
Uruguay	8.3	41	66.3	"

Extremos de riqueza y pobreza

Las estadísticas latinoamericanas —como todas, por lo demás— suelen ser engañosas, como lo es la visión que suelen tener de nuestros países los turistas apresurados. Las estadísticas muestran, por ejemplo, que Venezuela tiene renta media anual de casi \$ 500, lo que la acercaría ya al límite de los países económicamente desarrollados. Por su parte, un viajero, norteamericano o europeo desprevenido que se moviera sólo en el ambiente de su hotel y de sus compatriotas de una capital como Bogotá, Méjico o Río de Janeiro, tendría la visión de un país con un nivel de vida un poco inferior al europeo.

Sin embargo, como es notorio, hay en nuestro continente una extrema distancia o desigualdad en la distribución de la riqueza.

Por lo que se refiere a la propiedad agraria, ya quedó el punto señalado en un comienzo. El problema es que, como en todos los países subdesarrollados, la renta nacional global se halla repartida muy desigualmente. Se calculaba en 1954 que el 80 por ciento de los latinoamericanos debían distribuirse la mitad de los ingresos del continente, en tanto que la otra mitad correspondía a sólo la quinta parte de los habitantes. Aunque las situaciones varían de país a país, el factor común es el de que unas cuatro quintas partes de la población de cada uno de ellos debe contentarse con la mitad de las entradas totales. Lo que varía es, más bien, la forma en que la otra mitad se distribuye entre la minoría. Según la revista "Time", nada sospechosa de extremismo, el 1 por ciento de la población del Perú, es decir, 100.000 personas perciben el 20 por ciento de las entradas del país. Un cálculo hecho en 1947 por un organismo de las Naciones Unidas muestra que el 2,6 por ciento de la población ganaba el 29,9 por ciento de la renta nacional, mientras que, por el otro extremo de la escala, el 87,7 por ciento de los habitantes tenían que repartirse el 56,9 por ciento de las entradas del país. De esa manera resulta que un pequeño grupo de colombianos tenía una entrada de 1.750 dólares per capita al año; que una pequeña clase media, casi la décima parte de la población, percibía alrededor de 830 dólares, y que casi el 90 por ciento de los colombianos debían contentarse con menos de 100 dólares al año cada uno.

El informe llegaba a la conclusión de que, aún dentro de ese grupo, extensos sectores tenían una entrada de 58 dólares per capita, o sea, vivían en un nivel semejante al de los asiáticos. Tal situación no ha cambiado fundamentalmente en Colombia y lo que ocurre en Colombia se puede aplicar a la generalidad de América Latina.

No hay necesidad de insistir en que el mantenimiento de semejante situación constituya un freno poderoso al progreso económico en beneficio de la comunidad, signifi-

ca en el hecho una violación de la justicia que la sola "caridad" del rico con el pobre no podría cubrir y actúa como máximo elemento exacerbador de las tensiones sociales. Nada puede resultar más irritante, en un continente que padece males como los ya señalados en el nuestro, que el espectáculo de la riqueza excesiva, que tiende a ser dispendiosa y corruptora, frente a la miseria de las grandes masas en aumento.

La crisis cultural *El problema educacional*

Se calcula que el número de analfabetos en América Latina es superior a 70 millones de personas de más, de 15 años. El analfabetismo afecta en proporciones variables: el 51.6 por ciento en Méjico, el 51.4 por ciento en Brasil (países que suman más de 95 millones de habitantes), el 44,2 por ciento en Colombia, el 70.3 por ciento en Guatemala, el 89.4 por ciento en Haití, el 68.9 por ciento en Bolivia, el 21.2 por ciento en Costa Rica, el 28.2 por ciento en Chile, y el 13.3 por ciento en la Argentina.

Es evidente que en el curso de este siglo ha habido un enorme progreso en la difusión de la cultura —o, por lo menos, en la alfabetización— en todo el continente, pero la explosión demográfica amenaza con crear un problema semejante al de la vivienda. La tarea de los años del futuro inmediato es hacer frente al saldo negativo de arrastre y a las necesidades de las nuevas generaciones, cuyo número será abrumador.

En los últimos decenios, América Latina ha tenido que hacer frente a una muy grande población pasiva (en algunos países hasta un 45 por ciento de personas, menores de 15 años, y hasta un 27 por ciento en edad escolar) y a sus necesidades, con los escasos recursos de una población activa proporcionalmente reducida.

Por lo que se refiere concretamente al problema educacional, esto significa que ha habido que construir escuelas, preparar profesores y costear la instrucción de grandes ma-

sas de niños, con escasos recursos y en las desfavorables condiciones que crean la dispersión de la población y las diferentes circunstancias económico-sociales que impiden la asistencia regular de los niños a la escuela durante un mínimo de años. El resultado es el de más de una tercera parte de la población total casi irrecuperablemente analfabeta y el peligro de que esa proporción aumente en el futuro inmediato, a menos que se haga un serio esfuerzo. Según los datos elaborados por las Naciones Unidas (Report on the World Social Situation, 1957) el cuadro actual sería el siguiente:

	% de la Pobl. de 5 — 14 años sobre el total	% de la Pobl. total matric. en Esc. Prim.	Matrícula en Universidades por cada 100 mil pers. de la población
Costa Rica	26.20	15.1	222
Cuba	23.27	11.5	342
R. Dominicana	25.27	11.0	128
El Salvador	25.60	15.4	48
Guatemala	25.40	6.7	107
Haití	22.27	5.6	30
Honduras	22.26	7.8	59
Méjico	26.27	11.1	207
Nicaragua	26.27	9.2	92
Panamá	25.27	15.0	221
Argentina	18.21	13.7	756
Bolivia	24.25	7.6	154
Brasil	24.26	7.9	117
Chile	21.23	15.1	167
Colombia	25.27	10.0	97
Ecuador	25.26	11.5	148
Paraguay	26.27	15.9	169
Perú	25.27	11.3	170
Uruguay	17.21	10.8	483
Venezuela	25.26	11.2	97

Los datos consignados en el cuadro se refieren en su mayoría a los años 1953 ó 1954. Sobre ellos cabría hacer las siguientes observaciones: aunque de los 12 a los 15 años cierta proporción de niños egresa de las escuelas primarias para ingresar a la educación secundaria o técnica, dicha proporción es muy pequeña (el 2 por ciento de la población total en la Argentina, el 2.8 por ciento en Chile, el 0.4 por ciento en Haití, el 0.9 en Colombia). Esto, significa que en la actualidad, a las escuelas primarias del continente están asistiendo, cuando mucho en algunos países, las dos terceras partes de los niños en edad escolar, lo que implicará un aumento del analfabetismo, pues no se están construyendo escuelas en proporción al aumento de la población escolar.

Del cuadro también aparece la escasísima proporción de estudiantes que logran llegar a la Universidad. En la Argentina, el país más favorecido a este respecto, 756 personas de cada 100.000 de la población total logran recibir formación universitaria, lo que es una buena proporción, aunque muy superior al promedio latinoamericano. Este es semejante al que se observa en Europa, pero en nuestro continente son mucho mayores las necesidades de técnicos, médicos, ingenieros, etc. Con todo, el desarrollo económico de no pocos países no alcanza a absorber un número mayor de profesionales, aunque éstos sean necesarios.

La falla mayor se observa, evidentemente, en el escasísimo número de alumnos que logra seguir sus estudios secundarios. En Chile, cuyos índices no son los peores en América Latina, sólo la mitad de los niños llegan a tercer año primario y nada más que el 17 por ciento logra completar ese ciclo.

Ingresan a la segunda enseñanza sólo el 10 por ciento de los alumnos que se matriculan en el primer año primario y terminan los estudios secundarios 2 de cada 100 alumnos que ingresan al primario. Y como el 56.2 por ciento de los niños en edad escolar se matriculan realmente en una escuela, apenas el 1 por ciento de los niños chilenos hacen todos los estudios que —se supone— les dan los conoci-

mientos necesarios para desempeñarse con eficiencia en la vida.

La educación particular, que en su mayoría es impartida por congregaciones religiosas o por escuelas o institutos parroquiales, desempeñan un papel importantísimo en la educación en toda América Latina, sobre todo en la educación media. En 1950 —como lo reconoce el profesor comunista César Godoy Urrutia—^o había países como la Argentina, Brasil, Colombia, Chile, El Salvador, Panamá y Perú, donde el número de establecimientos privados de educación secundaria era mayor que el de los públicos, con un número de alumnos dos y media veces superior.

Pero el mismo autor que se acaba de citar hace ver también —y con razón— que en nuestro continente faltan, o faltaban hace 10 años, 195.000 escuelas y 462.000 maestros para dar educación a 16.500.000 de niños que no tienen acceso a ella. Las cantidades son ahora mucho mayores y eso basta para señalar las posibilidades y responsabilidades que se abren a la Iglesia y a los católicos en todo el continente, sobre todo en circunstancias como las actuales. El problema es que, para ello, se necesita recursos y personal muy superior a los disponibles por el momento.

La despersonalización del hombre común

El analfabetismo de grandes sectores de los pueblos latinoamericanos, deja a éstos confinados en el campo de los puros medios orales de información y de los contactos personales, con posibilidades muy limitadas de formarse opinión propia sobre las cosas y a merced de las interpretaciones interesadas o apasionadas de los demás. Pero no sólo los analfabetos están hoy en peligro de perder sus mejores posibilidades de meditar y madurar sus propios ju-

^o Cf. César Godoy Urrutia: "Analfabetismo en América", Pág. 30.

cies, todo el grueso de la sociedad en nuestro continente, como en el mundo entero, está cercado por los embates de la propaganda y la difusión en gran escala de informaciones y juicios hechos sobre todos los acontecimientos cotidianos, merced a los medios técnicos modernos, como la radio, el cine, la televisión y la prensa.

Estos medios, que adecuadamente utilizados son grandes vehículos de promoción cultural, han influido muy poderosamente, por desgracia, en la formación de lo que se ha llamado una "civilización de masas". Efectivamente ellos ponen a las multitudes, hoy como nunca, en contacto con los valores culturales, conocimientos de todo tipo, históricos, científicos, etc., así como obras literarias y musicales de todo género. Puede decirse que, como en ningún otro tiempo, existe en éste una posibilidad horizontal de cultura, que alcanza al hombre más alejado y antes desprovisto de ella. Las generaciones jóvenes tienen hoy facilidad que no sospecharon ni gozaron nunca sus padres.

Este aspecto positivo de la difusión está limitado, no obstante, por el hecho de que, si enriquece al hombre común, podríamos decir que lo enriquece "materialmente". Le permite conocer muchas "cosas", pero éstas llegarán a él en forma dispersa, anárquica, sin ningún ordenamiento orgánico y, por tanto, con escasa influencia verdaderamente formativa. Cotidianamente, el cine, la radio, la prensa, la televisión, proyectan sobre él una verdadera avalancha de "especies culturales", sin trabazón ni jerarquía, suerte de espejismo de cultura que produce un dinamismo que extiende sin elevar y que se resuelve muchas veces en frutos de mal gusto, de mediocre calidad y de frecuente vulgaridad.

Son características de esta civilización de masas: el predominio de los valores y las formas sensibles sobre los valores espirituales; la exaltación del activismo pragmático y externo sobre el dinamismo de la reflexión, el discurso interno y la meditación. Fenómeno consecuente a estas características es el predominio de la pasividad mental, de la actitud meramente receptiva y de la tendencia a la eva-

sión, que espera siempre el mensaje directo y hecho, con mengua de la originalidad y de la iniciativa personal del hombre común, sin opinión propia, fuertemente mediatizada por la propaganda.

Este clima cultural se manifiesta en la hegemonía de la imagen que explica el triunfo rotundo del cine como espectáculo que polariza a la sociedad entera, indiscriminadamente. En algunos países latinoamericanos, por ejemplo, se ha calculado una asiduidad casi cincuenta veces mayor al cine sobre el teatro. Igualmente la imagen explica el triunfo de la televisión, el de las tiras cómicas que reducen el relato fundamentalmente a figuras, el de las revistas ilustradas, el de los afiches y avisos luminosos en las ciudades. Del mismo modo la llamada civilización de masas se manifiesta en la hegemonía de la sigla y del "slogan", suerte de pensamiento cristalizado en una fórmula que alivia al hombre común del esfuerzo de pensar, hechos para quien no tiene tiempo para detenerse ante nada y que es siempre mentalmente un "transeúnte". Coincidiendo con esto, el ritmo cada vez más acelerado de esta civilización ha multiplicado las formas de literatura abreviada y manuable, como las revistas baratas, de formato de bolsillo, con artículos condensados y predigeridos, sobre todos los problemas actuales, mientras la producción artística tiende, al mismo tiempo, al libro de pocas páginas, al cultivo especialmente del cuento, el ensayo y la novela corta.

Los países latinoamericanos están especialmente afectados por la presión masificadora de los medios técnicos modernos, porque ella incide, desde fuera, en nacionalidades en proceso de formación, cuya unidad no está aún consolidada y en la que se juegan factores espirituales, culturales, psicológicos, étnicos, geográficos, etc., muy diversos. La profusión y afluencia indiscriminada de especies culturales, difundidas por esos medios puede ser más nociva y desorientadora en este caso, porque no encuentra el contrapeso de una mentalidad consolidada y fundamentalmente uniforme, propia de países de cultura ya madura, que

se asienta en tradiciones fuertemente cohesionadas a través de muchos siglos de historia.

En el estudio "América Latina, un continente ante su porvenir", de Víctor Alva (Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo) se plantea el problema de si las modernas técnicas de difusión cultural han de ponerse al nivel de las masas o han de elevar ese nivel, problema relacionado directamente con las campañas de alfabetización y promoción del indígena emprendidas en varios países, cuyos beneficios pueden quedar frustrados por la comercialización de dichas técnicas. "Hasta hoy —dice— un cine y una radio —ahora también una televisión— exclusivamente comerciales han optado por la primera solución (la de ponerse al nivel cultural de la masa). El embrutecimiento y la nivelación por abajo a través de estos medios de cultura —que se ejercen incluso en los países más avanzados— no pueden dejar de hacerse sentir entre poblaciones que apenas acaban de acceder a la utilización de los mismos".

"No cabe sugerir, claro está, un remedio uniforme. Pero es necesario que América Latina encuentre medios adecuados a la realidad de cada país y hasta de cada región, para impedir que el comercialismo del cine, la radio, la televisión y la prensa, esterilicen los esfuerzos del indigenismo y de las campañas de alfabetización".

"No hemos de temer hacernos estas preguntas: ¿de qué sirve enseñar a leer, enseñar a comprender la radio y la televisión, si solo se obtendrá así que gentes hasta ahora dotadas de una clara inteligencia, de una intuición a menudo sorprendente, de una gran dignidad humana natural, se embrutezcan y degraden, intelectual y moralmente, gracias justamente a la alfabetización y al indigenismo? ¿es que se ha de sacrificar todo esto simplemente con el fin de facilitar la publicidad comercial y de obtener más clientes para la industria naciente? La industrialización es importante, cierto, pero se ha de poner en duda su sensatez si debe pagarse a este precio. Pasar de la servidumbre económica a la servidumbre cultural no parece ser un adelanto".

El problema cultural del indígena

La subsistencia de una fuerte proporción de indígenas en algunos países, tanto de América Central como de la región andina de América del Sur, plantea, no solo un problema socio-económico sino más profundamente un problema cultural. Se trata de importantes sectores de la población que permanecen todavía ajenos al proceso de la nacionalidad, como detenidos en el doloroso momento de la conquista y destrucción, de sus imperios y vueltos de espaldas al curso de la historia. Esta, por una ley inexorable de la vida, los ha arrollado haciéndoles pagar el tributo de una servidumbre y explotación que no concluyó con la Independencia, pese a las proclamas libertarias de sus caudillos y legisladores. Hoy se impone consecuentemente, y en términos agudos, la necesidad de incorporar a esas masas de indígenas en forma efectiva, a la vida no sólo económica sino también espiritual de sus respectivos países.

Parece ya superada la polémica entre quienes, de un lado, concebían esta incorporación desestimando el acervo tradicional de las viejas culturas americanas —sobre todo azteca, maya e incaica— y quienes, del otro, les tributaban los máximos homenajes y las proponían como norte de una futura promoción cultural. Hoy se ve, con mayor lucidez, los aportes positivos de las diversas corrientes que confluyen en el proceso de las nuevas nacionalidades y se atina, con mayor serenidad, a valorizarlos en su justa jerarquía. Sin embargo, todavía pesa el error de fincar desmedidamente las expectativas de unidad en el mestizaje, emplazando el problema en un ámbito predominantemente étnico. Se piensa demasiado en la unidad racial como solución. Los países latinoamericanos son países cada vez más definitivamente mestizos y este factor biológico es altamente propicio en el camino de su madurez cultural. Pero ésta no podrá ser verdaderamente alcanzada si no se la persigue como una meta espiritual, que consiste en la unidad de una concepción del mundo asentada en una auténtica e in-

tegral jerarquía de los valores humanos. Por eso son objetables los planteamientos que miran el problema del indio exclusiva o fundamentalmente como un problema económico. Tales planteamientos se agotan en la preocupación del indio consumidor y productor y hacen de éste el centro hacia el que han de converger todas las reformas.

Mucho más profundamente, y en su verdadero nivel, sitúan el problema quienes lo enfocan, ante todo, como la reivindicación de la dignidad y libertad del indígena como persona. Esta exigencia es crucial para hacer viable y profunda su asimilación y significa superar las actitudes psicológicas inveteradas del dominador y el dominado. Pese a todo enunciado y propósito democrático e igualitario, ellas han afirmado siempre, en el primero, la posición consciente o subconsciente de hombre superior frente al segundo, quien se ha mantenido reservado, desconfiado, mendaz o servil bajo la presión de los abusos e imposiciones del dominador. La promoción cultural del indígena supone, en primer término, su dignificación y libertad espirituales y es desde este ángulo desde el que cobra su verdadero sentido la promoción económica y social. El productor y el consumidor han de ser procurados en función del individuo interiormente libre para que su acción económica pueda ser considerada como una verdadera superación de su estado presente. Es así cómo se desarrollan las virtudes cívicas del indio en el trato de la comunidad social que respeta sus fueros de persona, mientras se agotan y mueren en el indio siervo de las haciendas.

La dignificación del indígena hará igualmente más fecundo el ineludible proceso de transculturación que se opera como consecuencia de su convivencia con la población no india. Este proceso, desde luego, desborda las fronteras del sector aborigen y afecta la evolución total de la nacionalidad en los países en que ese sector es importante. Lejos de consistir en un movimiento que se orienta en un sólo sentido —el de proveer al indio de los elementos de la cultura occidental que desconoce— en realidad se define como un intercambio de elementos culturales, acción bilateral

en virtud de la que no hay zona social del país donde algún fenómeno de transculturación no sea observable. De acuerdo a las comprobaciones alcanzadas en estudios recientes, mientras aún en la más remota comunidad indígena son de notarse elementos culturales europeos, en los grupos de más pura ascendencia europea se descubren, a veces, rasgos de influencia indígena.

El trasplante violento de la Cultura Occidental que significó el Virreynato y el sojuzgamiento espiritual del indio impidieron que éste asimilara profundamente los valores recién importados. Aún en el plano religioso, donde el misionero logró arraigar una sincera fé, que muchas veces ha dado frutos de auténticos quilates, es frecuente comprobar la tergiversación y deformación deplorables que padece la vivencia de esa misma fé. En el alma ignorante, tenebrosa y, en cierto modo infantil, de millones de indígenas se ha formado y se transmite una inextricable mezcla de cristianismo y paganismo, que reviste las formas del culto católico y no es, a menudo, sino superstición grosera, más difícil de vencer que el descreimiento absoluto.

Todo esto deja al descubierto la necesidad de la educación del indio, más allá de los puros términos de la alfabetización, y en el amplio y complejo campo de su promoción humana integral. Se trata de despertar todas las virtualidades de su espíritu que en otras épocas florecieron en logros culturales de incuestionable valía, respetando sus peculiares características y abriéndoles nuevos horizontes capaces de fecundarlas hacia insospechadas proyecciones. De este modo la integración de los indígenas a las nacionalidades latinoamericanas traerá un acento original que las enriquecerá humanamente y que contribuirá a configurar su definitiva y unitaria fisonomía en el futuro.

El problema religioso

El rostro que de inmediato presenta el catolicismo latinoamericano es el de "una religión formalista en países de creencia uniforme y de religión de Estado". El alto por-

centaje de analfabetismo en los adultos, que sobrepasa en muchos casos el 50 por ciento de la población, da razón, asimismo, de las condiciones de su religiosidad, dice Mario Zañartu, en su estudio sobre Las Condiciones Económico-sociales del Catolicismo Latinoamericano. "Basta reflexionar sobre el lugar que, para la profundización de nuestro cristianismo, ocupan la prensa, las revistas, los libros, por un lado, y, por otra parte, todo el hábito de reflexión necesario, que es sólo posible en un alto grado de cultura, para comprender la superficialidad del cristianismo de esos millones de proletarios analfabetos o de muy baja cultura".

"Esto en lo referente a la masa. Pero el problema se plantea también en el reclutamiento de lo que podríamos denominar "cuadros" de la Iglesia, es decir, el clero y los dirigentes y militantes de los movimientos cristianos".

"Puesto que las exigencias culturales para esas élites son en todas partes las mismas, su reclutamiento sólo se puede hacer en los medios donde ese nivel de cultura existe. Esto explica, en buena parte, la penuria de vocaciones sacerdotales y de militantes competentes en el catolicismo latinoamericano. Unas y otros son reclutados, salvo rara excepción, en la clase superior y en la insuficientemente desarrollada clase media, ambas poco numerosas. Y aunque ellas proporcionen su cuota normal de vocaciones, como en cualquier país de la "vieja cristiandad", éstas son insuficientes para las necesidades de la población. Aquí también esta estructura económico-social hará quizás volver a pensar en el problema de las exigencias de formación para los ministros de la Iglesia y volver eventualmente a revalorizar un diaconado más necesario que en otras regiones".

Si la mies es inmensa, los segadores son desproporcionadamente pocos en número a la magnitud de la tarea. En 1955, América Latina, con el 33 por ciento de los católicos del mundo, sólo tenía el 8.4 por ciento de los sacerdotes, en tanto que Europa, con el 48 por ciento de los católicos, contaba con el 66 por ciento de los sacerdotes, y Estados Unidos y el Canadá tenían, respectivamente, el 8.3 por ciento y el 15.6 por ciento.

Un cuadro completo de esta situación se puede tener a través de los datos siguientes:

	Nº de católicos	Nº de sacerdotes	Nº de católicos por sacerdote
Costa Rica	942.869	231	4.081
Cuba	5.620.000	694	8.097
R. Dominicana	2.289.737	274	8.356
El Salvador	2.181.295	279	7.818
Guatemala	2.860.322	268	10.672
Haití	2.377.713	448	5.307
Honduras	1.402.643	150	9.350
Méjico	25.939.319	6.183	4.195
Nicaragua	1.012.811	210	4.822
Panamá	678.143	106	6.397
Argentina	16.745.214	4.805	3.484
Bolivia	3.086.965	715	4.310
Brasil	52.215.045	9.396	5.557
Chile	6.646.000	2.212	3.004
Colombia	13.219.475	3.700	3.572
Ecuador	3.465.515	1.203	2.880
Paraguay	1.361.190	323	4.214
Perú	8.379.436	1.674	5.005
Uruguay	2.407.000	672	3.581
Venezuela	5.696.067	1.121	5.081

“El bajo nivel de cultura repercute también en el campo más general del pensamiento y de la problemática cristiana. Se puede constatar con pena, que los filósofos y los teólogos latinoamericanos no existen. No se ha conseguido aún hacer una síntesis cristiana latinoamericana que integre la realidad propia de este continente. No existen centros de investigación o instituciones capaces de favorecer el movimiento. Y, a veces, no se tiene siquiera la inquietud de conseguirlo. Sin caer en un chauvinismo ridículo y reconociendo toda la necesidad que hay del pensamiento católico eu-

ropeo, es necesario darse cuenta que la primera lección que debemos extraer de éste es que todo pensamiento debe ser propio e integrar los componentes de la situación particular de cada conjunto humano". (M. Zañartu).

Esta falta de arraigo mental en las propias circunstancias reales y humanas ha traído consecuencias extremadamente graves desde diversos puntos de vista. "La Iglesia latinoamericana ha seguido los modelos europeos y se somete consecuentemente, a sus mismas exigencias: los lugares del culto monumentales; ministros que han recibido una formación bastante costosa; "obras" que exigen grandes recursos financieros (escuelas, asistencia, prensa, movimientos de formación, representación, etc.). Ahora bien, a consecuencia de una tradición histórica laicisante una gran parte de los gobiernos de esos países llamados católicos no sostienen la Iglesia, ni por la conservación de los lugares del culto, ni por modestos sueldos a sus ministros y, a veces, ni pagan a los profesores de religión de los establecimientos de enseñanza oficiales".

"Por otra parte, después de la independencia y de las confiscaciones que la han seguido frecuentemente, la Iglesia latinoamericana no ha tenido la oportunidad de acumular capitales cuyas rentas le permitan financiar sus obras. No le queda, pues, sino, dos medios de financiarlas: o apelar a los benefactores de las clases adineradas o hacer pagar sus servicios. Pero los dos sistemas conducen a la misma esclavitud: la dependencia vis-a-vis de las clases adineradas. Y esto porque, en ausencia de una numerosa y poderosa clase media, los únicos capacitados para pagar los servicios proporcionados por la Iglesia (tales como los escuelas cristianas) son las clases superiores".

"Es verdad que la situación es muy diferente de un país a otro y que se pueden citar ejemplos contradictorios en cada uno de esos países. Pero al comparar las líneas generales del catolicismo latinoamericano con el europeo se nota claramente que los católicos europeos tienen el apoyo de gobiernos más generosos o de una clase media que soporta lo más fuerte del esfuerzo. En la medida, pues, en

que los gobiernos latinoamericanos se hagan más comprensivos para las obras católicas y que el desarrollo económico acreciente la clase media esta dependencia vis-a-vis de las grandes fortunas tenderá a desaparecer”.

“Pero hay que confesar que se está aún muy lejos de esa meta. Y, mientras tanto, las clases populares tienen la creencia de que la Iglesia es la aliada de los ricos. Y lo que es quizá peor, el acento puesto sobre las obras, hace que las clases populares que no pueden, en razón de su miseria, contribuir ni aún a su sostenimiento, no tienen la sensación de “construir” su Iglesia; la Iglesia les es algo como ajeno, de la que solo se “recibe” de vez en cuando algunos beneficios; pero en la que no se participa, a las que no se la configura.”

“Es quizá esta necesidad de real incorporación la que hace el éxito de las fórmulas pastorales, tanto del lado católico, como del lado protestante, que han puesto el acento sobre las comunidades más personales, más responsables y más desprendidas de las exigencias financieras de las obras. En esas fórmulas la masa popular, naturalmente generosa y bien dispuesta, siente que puede aportar algo..., y eso no es lo menos importante...”

“Ese necesario recurso de la Iglesia a los poseedores del dinero, ha sido tanto más desgraciado cuanto la clamorosa injusticia de las estructuras sociales hacía más necesaria una clara toma de posición de la Iglesia. Esta toma de posición ha resultado así bastante tardía o parcial. Asistimos felizmente ahora a una verdadera eclosión del pensamiento socialcristiano, tanto en el campo político como el campo sindical.”

“La prédica normal de la Iglesia —por otra parte—, hace llamamientos e insiste, de conformidad con la tradición católica europea, sobre la moralidad del individuo y del hogar bajo los aspectos de observancia, de orden, de respeto, de compromisos de gran alcance, etc., que son difícilmente logrados en las situaciones familiares del proletariado latinoamericano. Pero hay todo un campo de virtudes cristianas muy desarrolladas, que hasta el momento no han sido objeto de una sistematización pastoral: tales,

por ejemplo, las virtudes de solidaridad, hospitalidad, generosidad, adaptabilidad de esos mismos proletariados miserables. Allí donde la renovación pastoral ha sido orientada a poner en valor esas virtudes y a enlazarlas con la vida sacramental de la comunidad parroquial, se han obtenido resultados muy alentadores." (M. Zañartu).

Responsabilidad de los católicos frente al mundo que surge en América Latina

De todo lo dicho, se desprende con claridad que una inmensa tarea espera a toda la Iglesia latinoamericana. Corresponde a los laicos, sin duda, la determinación de los medios técnicos y políticos para superar la grave situación que se ha tratado de describir en estas páginas, pero es el papel de la Iglesia llamar la atención de los fieles y de quienes están llamados a remediar los males e injusticias sobre la existencia de éstos y sobre sus indisimulables proyecciones e implicaciones morales. Corresponde a la Iglesia, sin salirse de su papel propio, formar conciencia sobre el carácter urgente que tienen las reformas sociales necesarias para que la dignidad de la persona humana sea respetada y para que la sociedad se organice en forma de que se promueva ese mínimo de condiciones materiales sin las cuales la práctica de la virtud se hace imposible o difícil. Una inmensa tarea de esclarecimiento es necesaria y cada día más urgente, porque en el seno de la sociedad de nuestro continente están en fermentación activa fuerzas que conducen a una rápida descristianización de la que, como se señalaba en un comienzo, es la reserva de la cristiandad del futuro.

La respuesta adecuada y eficaz a las exigencias espirituales, religiosas, culturales y sociales, constituye la fundamental responsabilidad para los católicos latinoamericanos. Ciertamente, las circunstancias negativas del subdesarrollo económico de sus países no podrán ser superadas

si sus dirigentes se mantienen dentro de una motivación exclusivamente económica. “Felizmente, hay en el hombre —dice Mario Zañartu—, otros resortes fuera de los del interés personal inmediato, que lo incitan a contribuir a la producción de bienes y servicios necesarios a la comunidad. Hay pues, enormes posibilidades por desarrollar del lado espiritual y religioso. La solución de los problemas económicos de la América Latina es imposible sin una movilización general de las fuerzas espirituales en beneficio de la producción: he aquí un papel histórico, de primer orden, para la comunidad católica latinoamericana”.

“La mística cristiana, que es una mística de servicio al prójimo, no tiene que hacer ninguna concesión para responder a este llamamiento urgente de la Providencia. Es una respuesta completamente en la línea de lo esencial del mensaje cristiano”.

Parece claro, pues, que sólo un redoblamiento del esfuerzo apostólico y pastoral, animado por la más decidida voluntad de aplicar, en toda su extensión, las enseñanzas sociales de la Iglesia y de infundir en los fieles la caridad y el amor a la justicia, permitirán encarar los difíciles tiempos que se anuncian. Igualmente, claro parece que sólo una más amplia e ilustrada participación de los laicos en la obra de la Iglesia puede suplir la parvedad de los medios disponibles.

Por lo demás, está escrito que hay que buscar el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se dará por añadidura. Hemos presentado el panorama de algunos de los problemas, con los cuales se enfrenta la A. C. de América Latina, el que completaremos en breve, de acuerdo con el programa de la Semana. Sobre los Estados Unidos y el Canadá, este Secretariado no tiene informaciones como para hacer igual trabajo, por eso esperamos de la A. C. de esos países que nos presenten sus problemas locales.

Pero ante la gravedad y multiplicidad de la labor que la solución de esta situación nos impone, no debemos desanimarnos ni ponernos pesimistas. Para ello nos bastará con mirar la obra de la Iglesia y de la A. C. en los últi-

mos años y podremos entonces hacer frente al futuro con optimismo. Tenemos que recordar lo que era la educación cristiana y la vida espiritual de nuestros pueblos hace 30 años, para ver que, con la ayuda de Dios, no nos faltarán las fuerzas ni los hombres necesarios para llevar a cabo esta tarea. Las escuelas y universidades católicas, el aumento de las vocaciones sacerdotales, la incorporación de los laicos al apostolado jerárquico, la pérdida del respeto humano para proclamar nuestra fe, son todos signos que deben darnos confianza en el porvenir.

Con este espíritu llegaremos sin duda en nuestra V Semana de México, a conclusiones prácticas y eficientes, que harán de nuestro continente, lo que debe ser: la gran reserva de espiritualidad cristiana que el mundo necesita con tanta urgencia para los inciertos tiempos que se acercan.

Una tarea que tiene repercusión, no sólo para el continente latinoamericano, sino para la Iglesia Universal.